

Mis pianistas preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

FUE en agosto de 1943 cuando presencié por primera vez la actuación de uno de los grandes pianistas que han existido. Se trató de Claudio Arrau interpretando el concierto de Carlos Chávez bajo la batuta del mismo compositor. La obra inaccesible y difícil logró una plena demostración de la perfecta técnica del solista. La partitura del músico mexicano estaba llena de pasajes rapidísimos que tenían que tocarse con fuerza y simultáneamente producir melodías diferentes con una mano y la otra. A pesar de lo inextricable del concierto, Arrau con su rara habilidad y elegancia me dejó asombrado.

Con posterioridad seguí casi todas las actuaciones del pianista cuando vino a México y finalmente en una comida en casa de mis suegros los señores Lans en 1961, tuve la fortuna de conocer personalmente al instrumentista, quien me produjo una impresión formidable. Se podía hablar con él de cualquier tema pues conocía de psicología, política, antropología, ópera, etc.

Claudio Arrau nació en Santiago de Chile y a los cuatro años de edad dio su primer recital dejando boquiabiertos a los asistentes. De inmediato el gobierno del país andino lo becó para que estudiara en Berlín con Martin Krause. A lo largo de diez años fue un niño prodigio que daba ciclos completos con obras de Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin, etc. Cuando Adolfo Hitler alcanzó el poder, Arrau retornó a su país y en 1941 causó sensación en un recital que tuvo lugar en el Carnegie Hall de Nueva York. A partir de aquella fecha Arrau se convirtió en uno de los pianistas más cotizados del mundo realizando constantes giras. Sin embargo, según explicó en la comida "un concierto siempre deberá ser un evento y nunca una rutina". Tengo que agregar que además de una técnica impecable, el pianista poseía una enorme sensibilidad que añadía al repertorio más increíble que alguien pueda imaginar.

Con posterioridad al artista chileno conocí en un recital en Bellas Artes a Walter Gieseking quien aunque naciera en Lyon, provenía de una familia de origen alemán que lo envió a estudiar con Karl Leimer en Hannover. Posteriormente este extraordinario solista se especializó en Mozart, Debussy y Ravel. Al primero lo tocaba sin la utilización de pedales y a los dos impresionistas con una delicadeza nunca igualada.

Para una mayoría de los musicólogos conocidos Arturo Rubinstein ha sido después de Sergei Rachma-

ninoff y Joseph Hoffman el intérprete en el piano más importante del siglo y me cuesta trabajo encontrarle similares. Rubinstein nació en Lodz, Polonia estudiando con Paderewski. En 1905 inició su carrera como virtuoso y en sus interesantes y evocativas "Memorias" nos cuenta que a lo largo de dos decenios sufrió terribles altibajos hasta que en España se reencontró a sí mismo descubriendo a Albéniz y Granados. A partir de entonces sin dejar de gozar de la vida se dedicó por entero al piano alcanzando mercedamente la fama de que se hizo acreedor. En 1957 estando yo en St. Louis, Missouri tuve la oportunidad de escucharlo con su interpretación del concierto número 2 de Rachmaninoff que provocó el delirio del público. Arturo Rubinstein poseía una personalidad avasalladora y magnética, logrando un sonido perfecto dentro de un repertorio gigantesco.

En contraste Alexander Brailowski se distinguió en forma exclusiva con Federico Chopin, al cual interpretó con un balanceado aire aristocrático. Otro pianista ruso extraordinario a quien escuché en 1950 fue a Benno Moisevich, inteligente virtuoso que mostraba gran espontaneidad. Tengo que agregar aquí a George Sandor, con quien comencé a admirar a Bela Bartok. Estos tres pianistas vinieron con frecuencia a México ofreciéndonos recitales inolvidables.

Un caso curioso en la historia del piano lo constituye Vladimir Horowitz, quien sufría de una terrible neurosis que le obligaba a abandonar las salas de conciertos a lo largo de periodos de muchos años. No obstante muchos de nosotros coleccionamos sus discos como tesoros e incluso algunos de ellos fueron grabados directamente durante sus conciertos, por lo que captamos el ambiente que despertaban la reanudación de sus actividades musicales.

Vladimir Horowitz fue un pianista excepcional que sin golpear el instrumento poseía un poder expresivo descomunal. Sin duda que con frecuencia caía en ciertas excentricidades al leer las partituras, pero en obras de Moussorgski o Scriabin nos electrifica haciendo que se nos ponga "carne de gallina".

Los Serkin: Rudolph y Peter son padre e hijo pianistas ambos extraordinarios. El primero se encuadró fundamentalmente en el clasicismo, pero el vástago más emocional ha demostrado increíble expresividad. En alguna época Peter fue un bohemio, pero recientemente como pude comprobar en un concierto en Atlanta, se volvió un músico serio y con una técnica insuperable.

En los cincuentas conocimos en México a dos soberbios pianistas franceses. Ellos fueron Alfred Cortot y Robert Casadesus. Ambos eran artistas de primera línea y despertaron la admiración de aquellos que tuvimos la fortuna de escucharlos en el Palacio Chino tocando el repertorio romántico.

La tradición pianística rusa que había culminado con Sergei Rachmaninoff volvió a la escena internacional en los sesentas con dos artistas colosales: Emil Gilels y Svatoslav Richter. Ambos convirtieron sus conciertos en verdaderos eventos con actuaciones de un virtuosismo excepcional. Mi inclinación va hacia la imaginación y profundidad de Gilels, aunque reconozco el exquisito refinamiento de Richter.

Asimismo España ha tenido en los últimos tiempos a dos magníficos solistas en el piano como son Alicia Larrocha y Rafael Orozco. La primera con un buen repertorio destaca con Albéniz y Granados, pero aquí en la Sala Netzahualcōyotl la escuché en un espléndido concierto de Mozart. Por lo que hace al cordobés Orozco me impresionó su brillantez y poder con Rachmaninoff.

En la misma Sala Netzahualcōyotl conocí al excelente pianista británico John Ogdon, quien mostró una elocuencia nada forzada. Recientemente falleció por su excesiva obesidad de un infarto del miocardio.

Entre los pianistas que todavía destacan se encuentran: Eugene Istomin, quien desde adolescente fuera protegido por Pablo Casals; también me entusiasman Tomás Vásay, Lorin Hollander, Julius Katchen y Leonard Pennario, quienes se atreven con la música atonal. Recientemente en la Sala Netzahualcōyotl conocí al célebre y extraordinario pianista Emanuel Ax. También en ese mismo recinto escuché hace dos meses al ruso Boris Petrushansky.

Sin embargo y a pesar de la altísima calidad de los mencionados mi pianista favorito en la actualidad es Vladimir Ashkenazi nacido en Gorki, Rusia en 1937 graduándose en el Conservatorio de Moscú en 1962. Ese año pugnó con John Ogdon por el trofeo del cotizado premio del festival Tchaikovsky y poco después abandonó la antigua Unión Soviética debutando en Europa y Estados Unidos. Lo oímos aquí primero en Bellas Artes y más recientemente en la Netzahualcōyotl captando su increíble fraseo y perfección.

Entre los pianistas iberoamericano me entusiasma la brasileña Cristina Ortiz, especializada en Villalobos y paulatinamente ha mejorado Jorge Federico Osorio, que puede llegar lejos.